

Paul Tillich: apuntes sobre una visión para nuestra época acerca del diálogo y la complementariedad entre teología y cultura

Mario Yutzis
(Argentina)

DOSSIER PAUL TILLICH: PREFACIO

Es dable considerar que cada ser humano nace en un mundo ya hecho. Hecho significa entre otras cosas, organizado con anterioridad sobre la base de pautas, valores, normas, referencias, todas ellas imaginadas, pensadas, experimentadas. El territorio de nuestra vida se nutre y se consolida, de la manera que fuere, en base al horizonte de significados que nos rodea y constituye gracias al lenguaje (mundo) que nos precede y que reinventamos en el mismo acto de existir. Se trata siempre de una compleja construcción cultural polimórfica, múltiple, imperfecta, impura, que da origen a plurales espacios de sentido pasibles de interpretaciones varias, concomitantes. Muchas veces conflictivas.

En este aspecto y contrariamente a una pretendida tradición del “*cogito*” la cual postula un sujeto que se conoce a sí mismo por intuición inmediata, es necesario señalar que no comprendemos la realidad que nos rodea ni tampoco a nosotros mismos, sino a través de signos de humanidad depositados en las obras de la cultura. En efecto. Qué podríamos saber, por ejemplo, acerca del amor y del odio, del sentido de la vida, de la esperanza, de la trascendencia divina, de la religión, si estos temas nos estuvieran inscriptos en universos de significado dentro de la textura de símbolos ocultos y / o manifiestos proponiendo y revelando un mundo. El mundo de la vida al decir de Husserl. Dichos universos designan, contienen y proyectan la dimensión intencional de los textos de la cultura y albergan y promueven su propia transitividad y su sentido de revelación.

Esta perspectiva permite afirmar que el mundo de vida contiene en sus entrañas un inapreciable caudal potencial de reservas de sentido que nos anteceden y abren el horizonte como una promesa hacia un futuro posible.

Estos comentarios previos, tienen la intención de servir como portal de entrada para una breve reflexión a título de homenaje, al gran pensador Paul Tillich a los cincuenta años de su muerte en relación a su enfoque filosófico teológico sobre la cultura.

En efecto. La obra de Paul Tillich aportó una significativa e interesante mirada filosófica sobre la cultura cuyo objetivo consistió, precisamente, en elaborar una teología sobre esta última.

Dirigiéndose al ser humano del siglo XX, intentó hacerle tomar conciencia acerca de las cuestiones fundamentales de la existencia como ser su finalidad última, y su razón esencial las cuales, más allá de que se crea o no en Dios, estarían inscritas en las formas culturales vigentes en el aquí y ahora, aunque también pertenezcan a su pasado histórico. Señala Tillich en ese sentido, que habiendo hecho la experiencia del carácter substancialmente religioso de la cultura, llegó hasta los confines de la religión y de la cultura sin entonces abandonarlos jamás. Esta postura lo transformó en un hermeneuta sagaz y profundo de casi todos los ámbitos de la producción cultural como ser las artes, la ciencia, la política, la técnica. Las corrientes de pensamiento como por ejemplo el psicoanálisis, el marxismo, el existencialismo, todas ellas le importaron no solamente en sí mismas sino porque también y fundamentalmente las interpretó como construcciones que expresan el sentido último de la existencia y la presencia de Dios en el mundo de la vida.

Cuando Paul Tillich afirma que la religión es la substancia de la cultura y que la cultura es la forma de la religión y cuando afirma que todo individuo, toda cultura o toda civilización está “*asida (grasped by)* por un **sentido último** (*ultimate concern*) el cual posee un atributo divino, no se sitúa en el ámbito de la teología apologética sino en el de la filosofía de la religión. De hecho es bastante difícil encontrar en la historia de la cultura una cultura no religiosa. En verdad Tillich parte de la religión con la finalidad de explicar el advenimiento de una cultura autónomamente secular de tal manera que el moderno conflicto entre religión y cultura es percibido como un conflicto interno de la religión como tal. Particularmente en el caso de la cristología cristiana donde la trascendencia toma la forma de un ser humano en la persona de Jesucristo.

Como puede apreciarse en el caso de Tillich, la tarea propia y privativa de la teología de la cultura será por lo tanto discernir la presencia de un contenido espiritual, de un fundamento y un universo de sentido a través de las diferentes producciones de la cultura. En otras palabras, se trata de auscultar y expresar la vivencia religiosa contenidas en las obras y los fenómenos religiosos característicos de cada época. Importa aquí, según Tillich, que las experiencias religiosas concretas que se encuentran ancladas en todas las grandes manifestaciones de la cultura sean reconocidas y puestas en relieve. Dicho de otra manera: se trata de identificar los signos de la trascendencia vehiculados por las construcciones culturales.

Sin embargo, nuestro pensador se coloca en la línea del llamando principio protestante para establecer la crítica a toda absolutización de cualquier estructura religiosa, toda vez que reconoce simultáneamente su valor testimonial como indicador explícito de los elementos de la trascendencia incorporados en el espacio cultural.

Al respecto afirma: “para que podamos experimentar los valores religiosos en la cultura. Para que tengamos la posibilidad de realizar una teología de la cultura. Para que seamos capaces de identificar y nominar los elementos religiosos, hace falta que la cultura específicamente religiosa abra una vía de acceso. Es así que podremos entender el estado como Iglesia, el arte como culto, la ciencia como dogmática. La Iglesia, el culto, el dogma tienen que abrir la ventana. Ello también colaboraría para mejor entender y experimentar lo sagrado como distinto de lo profano. Es más. Aún las propias estructuras de la racionalidad deben ser entendidas como modos de expresión de la significación de la trascendencia”.

Como puede apreciarse, para Tillich no será gracias a la vacuidad institucional de la religión que podrá remediarse la vacuidad espiritual de la cultura moderna. Por el contrario. Esta última tiene más que nunca la necesidad de testimonios visibles que señalen, que pongan de manifiesto y recuerden su contenido espiritual y su fundamento profundo de sentido.

La religión no deberá ser buscada fuera de la cultura, ni Dios fuera del mundo de la vida. La Cultura es el “médium “del absoluto en la vida del espíritu como las cosas son el “médium “del absoluto en el mundo de la vida.

De esta manera se comprende mejor porque Tillich parte de una filosofía de la religión para colocarse en el umbral de una teología de la revelación. En esta perspectiva, la cuestión de Dios es indisociable de la cuestión antropológica.

Frente a esta significativa visión de Tillich y respetando las distancias, podríamos atrevernos a poner en evidencia por lo menos un aspecto de la hermenéutica de Paul Ricoeur cuando éste señala que el sentido de las figuras de Dios no pueden ser separadas de las formas del discurso en las cuales esas figuras advienen. Si bien Ricoeur parece privilegiar la exégesis sobre la teología básicamente en el plano bíblico y en esto se distanciaría de Tillich, sin embargo su filosofía hermenéutica los acercaría ya que pone de manifiesto ciertas estructuras interpretativas de la experiencia humana, cuyos trazos evidencian desde siempre la idea de revelación, precisamente como estructura de interpretación de dicha experiencia humana en su devenir histórico. Agregamos para reforzar esta argumentación, que deberá tenerse en cuenta la función relevante atribuible a ciertas modalidades de la escritura como es el caso del discurso poético muy apreciado por Tillich y que incluye por supuesto al discurso bíblico.

En este punto vale la pena destacar la importante relación que Tillich establece entre la pregnancia del símbolo y la interpretación del texto bíblico cuya transición narrativa permite el discernimiento de la relación del ser de Dios y el ser del mundo, gracias a una apertura producida por la propia polifonía del símbolo. Planteada la cuestión en estos términos se desprenden por lo menos dos corolarios: a) la teología deberá siempre tener en cuenta a la vez el mensaje bíblico y las cuestiones existenciales de los seres humanos y b) habrá que considerar el ejercicio de la lectura de la Biblia y la búsqueda del sentido como la interacción entre la Biblia, el lector que la lee y la sociedad en que es leída. Vale decir que el lector es un pivote entre el texto bíblico y su cultura. Es así que el trabajo del

teólogo pasa por una toma muy seria de la manera en que la cultura ha recibido y recibe al texto más lo que este vehicula y catapulta.

Podría decirse que el método de correlación propuesto por Tillich implica una doble dimensión hermenéutica que propone en un primer momento, releer la tradición bíblica como dogmática y en un segundo tiempo, analizar la esencia de la cultura humana para decriptar a través de sus manifestaciones (arte- política-filosofía, religión, etc.) las cuestiones fundamentales que constituyen su humanidad.

Cincuenta años han transcurrido desde la muerte de Paul Tillich y como hemos tratado de señalar en esta breve reflexión, su legado como pensador y testigo del Evangelio de Jesucristo resulta altamente significativo para su tiempo y aplicable en varios aspectos para el nuestro. Pero hay una gran lección que quisiera destacar que ha sido señalada muy pertinentemente por André Gounelle. Se trata de su concepción de frontera que está ligada a su enorme visión de apertura hacia las variadas y múltiples dimensiones del mundo de la vida y su intento de ponerlas en relación. En este aspecto Tillich se calificaba a sí mismo como un pensador de frontera. Explicaba que para él la frontera no significaba un lugar de separación sino de pasaje y de diálogo. Recorriendo su propia historia recordaba que había vivido entre el siglo XIX y el XX, entre Europa y Estados Unidos, entre la religión y la cultura, entre el cristianismo y las otras religiones.

Gran mensaje para la impiadosa y mortífera visión de las fronteras en los tiempos que corren las cuales con sus muros y alambrados contrariamente a lo que pensaba Tillich, consolidan la clausura del pasaje de cientos de miles de refugiados y desplazados y así prueban la asimetría de la paz gracias a la ineficiencia de una ética basada en la universalidad de la ley y no en el reconocimiento de la trascendencia del otro.

Sabemos que vivimos en medio de la fragilidad humana y esta puede destacarse con formas que tienden de la manera más cruel al “*des-reconocimiento*” del otro. Tillich nos invita a colocarnos en otro lugar donde filosofía, Teología y Cultura son herramientas para la apertura y el diálogo como componentes colectivos en el mundo de la vida.

© 2015 Mario J. Yutzis

El autor es Doctor en Filosofía por la Universidad de Estrasburgo. Hizo su tesis sobre el pensamiento de Miguel de Unamuno bajo la dirección de Roger Mehl. Ha sido docente en el Instituto Universitario ISEDET y actualmente es Profesor Emérito de dicha institución. Ex miembro y Presidente del Comité de Naciones Unidas Contra la Discriminación Racial. Actual Vicepresidente del Movimiento Internacional contra la Discriminación y el Racismo.

Email: myutzis@gmail.com